



ALI HAZELWOOD

Traducido del inglés por Nerea Gilabert Giménez

FAERIS



capítulo 1

Por mucho que me guste y me absorba mi propia historia, debo admitir que no dista demasiado de casi todas las demás. Las historias son historias, con sus comienzos, sus desarrollos intrincados y sus finales limpios y bonitos. He contado tantas que debería resultarme natural tomar una pluma, unas cuantas hojas de papel hecho a mano y añadir la mía a la colección. Sin embargo, aquí estoy, dudando porque no consigo decidir por dónde empezar.

Una amiga me sugirió que comenzara por el verano anterior al último año de mi doctorado en la Universidad de Rockhaven, unos meses antes de mi muerte. Para entonces ya llevaba bastante tiempo metida en problemas y mi destino estaba sellado, aunque yo aún no fuera consciente de ello. Pero no estoy convencida. Me parece una elección demasiado atrevida empezar *in medias res*, sobre todo porque las primeras líneas de esta historia las escribí cuando aún era jovencita, traía el pelo de colores y era adicta a los chicles.

En aquel entonces, mi principal pasatiempo consistía en observar a mi vecina Grace, una mujer mayor, mojar los pinceles Kolinsky en cajas de acuarelas *vintage*.

—Tienes suerte de que tu padre, ese impresentable que se dedicaba a robar tarjetas de crédito, saliera de la cárcel justo antes de que volvieran a meter a tu madre, otra impresentable que se dedicaba a inventarse obras benéficas —me repetía a menudo con su voz ronca de fumadora, sin levantar nunca la vista de la obra que estaba pintan-

do—. De lo contrario, en este momento estarías con alguna familia de acogida en Tullahoma, solo tú y una caja de crayolas. Ven aquí, niña. Te voy a explicar por qué esta capa que acabo de dar quedó tan desastrosa.

Nunca fui dada a hacerme ilusiones. Me negaba entonces, igual que lo hago ahora, a afirmar que la insistencia de Grace por enseñarme los entresijos del craquelado o cómo limpiar correctamente el moho de las encuadernaciones de cuero fuera su peculiar forma de expresar cariño. Aun así, si quiero contar mi historia, debo reconocerle el mérito de haber sido la primera en encaminarme a ser el tipo de persona que aprecia cierta clase de belleza. También tengo que reconocérselo al juez que dejó claro que iba a vigilarme de cerca a menos que cambiara mi conducta, mejorara las calificaciones y enviara solicitudes de acceso a las universidades de inmediato. Menciones honoríficas: la clase de Química Aplicada a la Conservación de Materiales en la que me inscribí en segundo porque era la única optativa que no empezaba a las ocho de la mañana; el tutor que me dijo que, si «esto del arte medieval» era realmente lo mío, quizá podía hablar con un amigo suyo que trabajaba en una universidad del norte con cierto renombre; la forma en que el tiempo y el espacio parecían desaparecer cada vez que mi mundo se reducía a algo consumible a través de mis ojos y mis manos; esa carta que Grace me dejó para que la leyera cuando se fuera, tan escueta como su corazón: «No tengo mucho, pero debería bastar para pagar un camión de mudanzas. Ahora lárgate de esta pocilga a la de ya».

Y así es como empezó mi historia. Hubo muchas primeras veces que se fusionaron en una tormenta perfecta unas semanas después de comenzar el primer año de doctorado, cuando Mortimer «No Me Llames Morty» McManaman sacó sus mejores cartas y convenció a Roxanne, mi casera, para que saliera con él.

Mortimer era un niño rico de pelo lacio al que le encantaba presentarse como «experto en bellas artes», tenía playeras tipo polo de todos los colores y fracasaba repetidamente en su intento de dejarse

crecer un bigote que le diera autoridad. A pesar de sus esfuerzos, no solía caerle bien a la gente. A veces me daba lástima, y quizá a Roxanne también. O a lo mejor solo la conquistó aprovechando que ella acababa de tocar fondo. Al fin y al cabo, se había separado hacía poco. Pese a su reputación como una de las mejores expertas en piedras preciosas de Nueva Inglaterra, su capacidad para aceptar encargos se había visto mermada al tener que asumir la mayor parte del cuidado de Rorie, su hija. El proceso de divorcio había supuesto un bache económico para ella, y las personas desesperadas tienden a tomar decisiones desesperadas. Salir con un tipo cuestionable estaba más o menos al mismo nivel que alquilarle la habitación de invitados a una estudiante de doctorado que había subido un anuncio a Craigslist buscando alojamiento.

Puede que Mortimer fuera menos peligroso que el ex de Roxanne, un infiel mentiroso, pero, de todas formas, lo suyo no tenía futuro, y menos después de que él empezara a llamarla «gatita» a mitad de su primera cita y nunca se diera cuenta de que debía parar. Ella lo sabía. Yo también. Y, a juzgar por la cantidad de regalos cada vez más desesperados que abarrotaban nuestra casa, Mortimer también. No obstante, se aferraba con uñas y dientes a la idea de que ella era la elegida. Venía una vez a la semana, o siempre que Rorie pasaba la noche con el ex de Roxanne. Se arreglaba el pelo frente al espejo de la entrada y luego depositaba sus ofrendas en el altar del cuerpo esculpido de Roxanne: café importado, vino que no venía en Tetra Pak, cajas de chocolates con un precio astronómico por unidad...

Y, una fatídica noche, una primera edición británica de *Drácula*, de Bram Stoker.

Para ser justos, aquello no fue un regalo, sino que más bien se lo trajo para enseñárselo.

—Nos llegó hoy —dijo sacando el libro de un maletín de cuero y dejándolo sobre la mesa. La familia McManaman provenía de Boston, pero eran propietarios de una tienda de antigüedades de mediocre reputación aquí en Vermont, y Mortimer recientemente había

decidido tomarse un descanso de su trabajo principal (recomendarle cervecerías y campos de golf a la gente sin que se lo pidiera) para hacerse cargo del negocio—. Es impresionante, ¿verdad?

Roxanne ahogó un grito.

—Dios mío. —Extendió la mano, quizá para acariciar las letras doradas y rojas de la cubierta, aunque la retiró después de pensarlo mejor—. Es increíble. Fíjate en cómo está cosida la encuadernación.

—Lo sé. —Mortimer sonrió con aire de suficiencia—. Hace más de un siglo, en algún momento de 1897, un tipo debía de estar sentado frente a su chimenea, fumándose una pipa y leyendo este libro. Y ahora lo tienes en tu cocina. ¿Puedes creerlo?

—No —solté yo, lo cual hizo que Roxanne y Mortimer me miraran desde el otro lado de la mesa con sorpresa e irritación, respectivamente.

—¿Cómo que no? —preguntó ella.

Le eché un vistazo a la sandwichera que me robé en mi último trabajo como empleada en Costco, arrepintiéndome de haber hablado.

—Pienso que podría ser una falsificación —dije en un tono lo más neutro posible. Era mentira. No «pensaba» que podía serlo; lo sabía a ciencia cierta. Sin embargo, pese a las repetidas acusaciones por parte de mis padres, no me gustaba decepcionar a la gente.

—Bueno, claro, por pensar puedes pensar que la Tierra es plana y que las nubes están hechas de algodón. —El tono de Mortimer era igual que siempre: artificialmente afable, aunque hablaba con los ojos entrecerrados—. Pero eso no lo convierte en verdad.

—Bueno, tienes razón.

Fantaseé con vivir en un mundo en el que pudiera escabullirme al balcón para comerme mi sándwich de queso fundido en paz y olvidarme por completo de esa conversación. Pero ¿no habría sido aquello un acto imprudente y egoísta? Si no decía nada, Mortimer iba a intentar vender el libro por cien mil dólares. O su reputación o sus antecedentes penales iban a salir perjudicados.

A veces hay que ser cruel para hacer el bien y bla, bla, bla.

—Eso no lo convierte en verdad —repetí—. Sin embargo... ¿Puedo? —Crucé la habitación para agarrar el tomo y lo abrí, ignorando la expresión cada vez más sombría de Mortimer—. ¿Ves aquí, cómo están pegadas las guardas? Puede que me equivoque —por supuesto que no—, pero me parece que es una técnica de encolado más reciente que las utilizadas a finales del siglo XIX. La uniformidad de los patrones de costura, el papel... Esta pulpa no es victoriana, por no mencionar lo inusualmente nítidas que son algunas de las letras y... En fin. —Volví a dejar el libro en el maletín, sintiendo un poco de lástima por Mortimer—. Todo lo que acabo de enumerar sí lo convierte en verdad.

—Disculpa, ¿qué...? ¿Cómo carajos vas a saber tú cómo era la pulpa victoriana? —Soltó una risa nerviosa.

—Vero está haciendo un doctorado en Historia del Arte —le dijo Roxanne, claramente molesta por su tono—. Y su abuela se dedicaba a restaurar obras. No me habías contado que también restauraba libros, Vero.

Grace habría preferido beberse el agua para limpiar los pinceles antes que ser llamada «abuela», pero a mí no se me daba bien hablar de mi pasado con otras personas y no sabía qué otro título ponerle para explicar el papel que había desempeñado en mi vida. Hacer un doctorado había supuesto un nuevo giro en el sinuoso camino de mi vida —empezar de cero, hacer amigos, crear una comunidad, ese tipo de cosas— y estaba dispuesta a darlo todo; no obstante, me parecía prudente abreviar un poco ciertos temas.

—En realidad, la mayor parte de las restauraciones que hacía eran de libros. Tenía mucha demanda.

Fue entonces cuando los ojos de Mortimer se posaron en mí de verdad. Era como si de repente acabara de materializarme en medio de la habitación y me mirara por primera vez. Empezó por la raya del pelo, recorrió mi esbelta figura y se detuvo en mis pies descalzos. Él y Roxanne me sacaban menos de diez años, pero me miró como si fuera una mendiga pidiendo un plato de avena.

—Vero, ¿verdad? —preguntó, hosco.

—Así me llaman. —Ya nos habían presentado antes, incluso habíamos intercambiado una que otra palabra mientras yo me calentaba la sopa en el microondas o cortaba los ingredientes de la ensalada, pero aquello no me tomó por sorpresa. Sabía cómo veían el mundo los hombres como Mortimer, y que rara vez se molestaban en reconocer la existencia de las mujeres con las que no les interesaba acostarse. Teniendo en cuenta que yo era varios centímetros más alta que él, que tenía el pelo gris, los dientes torcidos y una predilección por los *piercings*, y que casi siempre vestía con ropa holgada varias tallas más grandes que la mía, dudaba que fuera su tipo. Hacía tiempo que había aceptado que algo en mí desconcertaba, asustaba o dejaba indiferentes a la mayoría de los hombres.

Y Mortimer no era una excepción.

—¿Cómo pudiste adivinar cómo sería el patrón de costura desde el otro extremo de la habitación?

Porque está muy mal falsificado, me callé.

—Tengo buena vista.

—Ah, ¿sí? ¿Es esto lo que estudias, libros raros?

—No exactamente. Me centro en manuscritos de la Baja Edad Media.

—¿Tu idea es convertirte en profesora?

—Pues...

—Mira, ese es el problema con la gente como tú. —Me señaló con el dedo—. Habrás cursado media asignatura sobre un tema mínimamente relacionado con los libros antiguos y ya crees que sabes más que el experto con el que mi familia lleva trabajando media década. —Hizo una pausa, puede que esperando que me enojara y empezara a discutir con él. Al ver que no me molestaba en hacer caso a su berrinche, sonrió triunfante y murmuró—: Es que... ¿Ves? Por eso me cae mal la gente que va a la universidad. Son unos sabelotodo.

Roxanne soltó un bufido, le recordó que ella también tenía una carrera y una maestría (en Ciencia e Ingeniería de Materiales) y le

dijo que estaba siendo un maleducado y otras cosas que no llegué a escuchar porque decidí irme de allí. Me comí aquel delicioso sándwich de queso fundido en el balcón envuelta en la brisa de principios de otoño y le di las migajas sobrantes a una intrépida pareja de cardenales. Después me olvidé de aquel incidente... hasta dos días más tarde, cuando, al salir de mi seminario de Pedagogía, vi a Mortimer frente al edificio, balanceándose sobre los talones bajo el sol de media mañana. Estaba escudriñando los rostros de los estudiantes en busca de alguien. Al darme cuenta de que fijaba la vista en mí, ni siquiera me sorprendí.

—Conque era falso, ¿eh?

Asintió con el semblante más pálido de lo habitual.

A pesar de que me consideraba una persona medianamente rencorosa, aquello no me produjo ningún placer.

—Lo siento —dije con sinceridad—. Deberías buscarte un mejor asesor. —Intenté pasar a su lado, pero me lo impidió.

—Sí, debería. —Me miró a los ojos con tanta falta de sutileza que me resultó patético. No entendía por qué Roxanne se había rebajado a salir con él. Tal vez fuera por el síndrome de Estocolmo. O a lo mejor poseía información comprometedor sobre ella. Debía de haber una explicación, porque el pobre tenía menos labia aún de lo que sospechaba.

—Por desgracia, estoy muy ocupada con ese doctorado que tanto respetas.

—Podrías tomártelo como unas prácticas para...

—No necesito hacer prácticas. —Lo esquivé y empecé a bajar las escaleras—. Que tengas un buen...

—Puedo pagarte.

Vaya, había pronunciado las palabras mágicas capaces de detener en seco a cualquier doctorando. Todos, del primero al último, estábamos cortos de dinero. Incluso los que no provenían de una familia pobre estaban interesados en ganar más. A pesar de los clubs de remo para riquillos, sus piedras grabadas con lemas en latín y su dotación

de treinta y cinco mil millones de dólares, la Universidad de Rockhaven no podía permitirse pagarnos salarios dignos.

Igual alguien debería revisar las cuentas.

—¿Lo dices en serio? —Me volví hacia él.

—Sí.

—¿Cuánto?

—Pago bien. Muy bien.

Puede que la relación sentimental entre Mortimer y Roxanne no durara ni hasta los parciales, pero, para él y para mí, aquello fue el catalizador de una larga y fructífera colaboración.



Los tres primeros años de doctorado fueron monótonos y sin incidentes, lo cual fue un verdadero alivio para alguien que se había pasado dos décadas y pico como un imán de dramas y desgracias.

En mi defensa diré que algunas cosas no se podían evitar. No era culpa mía que mis padres fueran delincuentes de poca monta metidos en un círculo vicioso que consistía en juntarse, estafar a la gente y luego estafarse el uno al otro. Aun así, supongo que debió de marcarme de algún modo el hecho de haber sido criada por dos personas cuya idea del amor y el respeto se limitaba a conseguir que el otro pagara la fianza y luego desaparecer.

Ahora me pregunto, después de todo lo que ha pasado, si la forma en que me criaron facilitó que aceptara lo que me ocurrió cuando llegué a Vermont. Si mi historia podría haber sido o no la de cualquier otra persona. Recibí una educación desastrosa y llena de mensajes contradictorios que me enseñó a ser astuta, ingeniosa y a tolerar la naturaleza cambiante de los principios éticos. Para cuando entré en la pubertad, ya estaba familiarizada con cierto tipo de timos de poca relevancia: falsificar boletos en una rifa, vender aparatos electrónicos robados, el clásico de intercambiar etiquetas con los precios... Me sorprende que no me descubrieran hasta los quince. Aunque después de eso empecé a portarme ge-

neralmente bien y pese a no tener casi contacto ninguno con mis progenitores, nunca llegué a deshacerme del todo de mis tendencias delictivas.

—Y este es el motivo. —Grace, que hojeaba todas las revistas gratuitas que aparecían en su puerta y que no habría sabido distinguir una noticia real de un enlace patrocinado ni aunque su vida dependiera de ello, levantó la vista desde debajo de su lámpara de escritorio verde y señaló el artículo que estaba leyendo—. ¿Sabías que las personas con una amígdala hipoactiva son más imprudentes? ¿Y que la función de la amígdala es hereditaria?

—Pues no, no tenía ni idea.

—Apuesto a que eso es lo que te ocurre a ti.

—O quizá es que soy demasiado pobre para preocuparme por cuestiones morales.

—No, es tu cerebro. Te predispone a cometer delitos no violentos.

—Hablas como una auténtica neurocientífica —dije—. A todo esto, ¿podrías explicarme qué es una amígdala, por favor?

Se sacó una mano de debajo del delantal manchado de pintura para pintarme el dedo y yo tuve que contener la risa.

Siempre había sido una invitada bienvenida en casa de Grace; una invitada que saqueaba la despensa y se quedaba más tiempo del debido, pero una invitada al fin y al cabo. Fue durante el segundo año de carrera cuando dejé la habitación que tenía en la residencia de estudiantes y empecé a dormir en su casa, a pesar de tener que hacer todo el trayecto hasta la Universidad de Tennessee.

—Y eso que nadie te dio permiso —me recordaba a diario—. Valoro mucho mi intimidad. Si quisiera tener niños correteando por aquí, ¡los habría parido yo misma!

—Bueno, es que alquilar una habitación en el campus es carísimo, así que te agradezco que me permitas ahorrarme un dinerito —le respondía yo, imperturbable.

Las dos sabíamos que a ella le costaba cada vez más moverse. A menudo se le olvidaba comer, solo tomaba la medicación un día sí, un

día no y ¿dónde había metido ese libro sobre impresión tipográfica que estaba leyendo? No, *claro* que no lo había tirado hacía años, ¿qué insinuaba, que estaba tonta? Los jóvenes de hoy en día eran terribles. Grace quizá no era una persona fácil, ni siquiera la podía considerar cordial, pero le había abierto su casa (literalmente) y sus rígidos y esqueléticos brazos (metafóricamente) a una niña desamparada y rebelde, y a mí no me importaba cuidar de ella.

En octubre de mi último año de carrera, tras una velada sorprendentemente lúcida en la que debatimos sobre qué tipo de adhesivo de origen animal habría utilizado un artesano para pegar un cartón en la Francia del siglo XIX, falleció plácidamente mientras dormía. La sensación que tuve no fue la de haberme quitado un peso de encima, sino más bien de vacío. Una profunda desorientación.

Tenía veintiún años. Me quedaban un puñado de créditos para graduarme. En general, iba por buen camino. Y, sin contar a los tres o cuatro amigos circunstanciales y a los chicos que jugaban a HALO y tomaban microdosis que de vez en cuando traía a casa, estaba sola. Rebusqué en mi interior, pero lo único que encontré fue una falta de rumbo y poca motivación para planificar un futuro que, a juzgar por cómo había sido mi pasado, acabaría siendo frustrado y se desarrollaría como le diera la gana. No obstante, por ahí, en algún rincón, también detecté en mí un interés genuino por la historia del arte.

Así que solicité una plaza en la Rockhavan.

Y me admitieron.

Luego tuve dudas sobre si ir o no.

No estaba hecha para estudiar un doctorado y, por muchos folletos e iniciativas de inclusión que existieran para los estudiantes de primer año, nada iba a convencerme de lo contrario. *Pero el talento para engañar corre por tus venas*, me dije. Si alguien era capaz de combatir el síndrome del impostor, era una impostora nata. Así que me mudé a Vermont y aprendí a lidiar con las puestas de sol a las cuatro de la tarde y los inviernos brutales que daban paso a una intermina-

ble temporada de lodo y más lodo; con viviendas inasequibles y una cantidad absurda de glorietas. «Debe de ser algún tipo de novatada para quienes se trasladan a Nueva Inglaterra, ¿no crees?», reflexioné un día con Roxanne.

Rockhaven era una prestigiosa institución con un largo historial de excelencia académica y, aunque quería odiar su elitismo de gente rica, no podía evitar sentirme cautivada por el ambiente cinematográfico del campus.

—El ochenta por ciento de los estudiantes de grado a los que darás clases como asistente del profesor son unos cabroncetes insufribles —señaló un doctorando de cursos superiores a la mitad de mi primer semestre. Nos sentamos en una banca con vista al patio y me preguntó—: ¿Qué experiencia tienes con la gente rica?

Mi experiencia se limitaba a estafarlos, así que respondí:

—No demasiada.

—Bueno, míralos. —Eché un vistazo a nuestro alrededor. Había hijos de antiguos alumnos que vivían a costa de sus familias dando sorbos de un café carísimo. Llegaban veinte minutos tarde a clase y caminaban a paso ligero con sus abrigos Barbour. Los observaba hasta que atravesaban las enormes puertas y desaparecían por los pasillos de mármol sin levantar nunca la vista del teléfono.

—¿Qué es lo que tengo que ver? —pregunté.

—Se creen los dueños del puto mundo.

Tenía razón: muchos estudiantes de Rockhaven tenían fondos fiduciarios y se comportaban como si los profesores hubieran sido elegidos a dedazo por papá para hacer de niños ocasionalmente estimulantes, pero cuya principal obligación era no entrometerse demasiado. Les encantaba presumir de la casa de vacaciones que tenía su familia en San Bartolomé y era evidente que estaban pasando por una fase artística y rebelde que acabaría desembocando en una apresurada solicitud de revalidación para estudiar ADE, seguida de un trabajo garantizado en el sector financiero, a menudo de esos anodinos pero bien pagados. Aunque no todo el mundo era así. Cada se-

mestre me encontraba con una o dos personas que me recordaban a mí: combativas, evasivas y fuera de su hábitat natural. Velaba por ellas porque me hacían sentir que mi presencia en ese campus no era del todo inútil. Era como pagar una cuota: después de cumplir, podía permitirme recorrer las bibliotecas con estanterías de caoba en busca de rincones acogedores o sentarme junto a las chimeneas de los comedores que parecían sacados de una catedral.

Así que me las arreglé para sobrevivir durante los primeros semestres, oscilando entre idealizar y poner los ojos en blanco ante esta nueva vida académica: el campanario gótico era impresionante, pero me negaba a creer que el fantasma de un estudiante que nunca había terminado su tesis lo rondara durante los exámenes finales. Los monumentos de piedra que había en cada rincón del campus eran un poco excesivos, y habría sido encantador ver desfilar las prendas de *tweed* si no hubieran ido intercaladas con chamarras de polar.

En definitiva, cuando pienso en aquellos años, lo que recuerdo con más cariño son las mañanas brumosas, los sillones de cuero deslizándose sobre alfombras persas de color terracota, los adoquines resbaladizos tras una noche de lluvia y el aroma de las hojas otoñales y de la tinta para pluma en el despacho de mi tutora durante nuestras reuniones semanales.

Cuando me inscribí en el programa de Historia del Arte, había siete estudiantes más en mi generación; dos años después, todos habían abandonado, bien porque habían aceptado trabajos en escuelas y museos, o bien porque se habían mudado con su familia a otro lado, o bien porque, simplemente, renunciaban a quedarse en el limbo del doctorado con el único fin de sacarse un título que, para cuando lo consiguieran, quizá valdría menos que el papel utilizado para imprimir el diploma.

Al empezar el tercer año ya solo quedaba yo. Incluso para una persona solitaria como yo, aquello suponía demasiada soledad, y por eso Antigüedades McManaman se convirtió en..., tampoco diría que mi hogar (eso aún estaba por llegar), pero sí en algo que se le parecía.



Mortimer siguió siendo una presencia constantemente molesta durante mi actividad en la tienda. Era el prototipo de niño rico que acaba convirtiéndose en un perdedor, pero había que reconocer una cosa: cuando su padre quiso traspasar el negocio de antigüedades, fue él quien pidió hacerse cargo de la tienda, aduciendo su voluntad de mantener el legado familiar. La reacción de su padre, parafraseada, fue: «¿Quién? ¿Tú?», seguida de una carcajada burlona, tras lo cual Mortimer juró demostrar su valor.

Me veía obligada a respetar ese ímpetu, pero no el pésimo ojo que tenía el hombre para las antigüedades. Lo dejaba pasar porque varias figuras extrañas y encantadoras gravitaban en torno a la familia McManaman, y ese logro merecía su reconocimiento.

Estaba Cyrus, un hombre calvo de mediana edad que autentificaba monedas, siempre olía a menta y hablaba de guerras que habían terminado hacía quinientos años como si él hubiera estado en primera línea de fuego; luego estaba Lucille, una experta en restauración algo brusca y sin pelos en la lengua que miraba con recelo a todo el mundo (aunque, entre tasaciones, te la encontrabas en la trastienda llorando con videos de perritos abandonados); también estaba Elias, un estudiante de la universidad local que habría encajado mejor en un rodeo que en una tienda de antigüedades, y que, sin embargo, aparecía todos los fines de semana para devorar libros de texto mientras atendía la caja.

Yo pasaba a valuar libros dos o tres veces por semana, cuando mi horario académico me lo permitía. Siempre me esperaba una taza de té *oolong*; siempre humeante, siempre en la taza de cerámica que había elegido durante mi primera semana, la que estaba decorada con una hiedra y unas setas rojas con relieve. Era Wanda, la dependiente, quien lo preparaba. Llevaba más tiempo que nadie en McManaman, desde antes de que naciera Mortimer, y conocía cada esquina, cada telaraña y cada cenicero vendido o por vender. Me re-

cibía con una calidez y una ternura a las que no estaba acostumbrada. Su amplia sonrisa le acentuaba los cachetes y era habitual que se preocupara por si mi chaqueta era demasiado fina o poco impermeable, aunque la pregunta más recurrente era: «Vero, ¿ya comiste?».

Grace había sido formidable y cariñosa a su manera, pero nunca tierna ni maternal. Wanda me traía *tuppers* llenos de *muffins* para asegurarse de que no me saltara el desayuno, me frotaba la espalda cuando me dolía de estar encorvada sobre documentos antiguos, me enviaba mensajes para recordarme que dejara correr el agua del grifo durante los días más fríos del invierno. En la primavera de mi primer año de doctorado, fue la única que se acordó de felicitarme por mi cumpleaños y me regaló una lupa grabada con mis iniciales.

A pesar de que al principio me resultaba un poco incómodo, aprendí a hacer un esfuerzo para devolverle los abrazos. Charlaba con ella un rato, hablábamos sobre mis clases y el jardín de su esposa, y luego me escabullía a la trastienda. Allí, de pie sobre el suelo de madera vieja y manchada por el sol, intentaba averiguar si los incunables estaban mal fechados, si las encuadernaciones de cuero habían sido reutilizadas, la verosimilitud del número de fibras de un papel... En resumen: todas las cosas que Grace me había enseñado a lo largo de los años. Una o dos veces por tarde, Cosimo, el gato esfinge de la tienda, interrumpía su siesta para mirarme parpadeando lentamente y luego se retorció hasta encontrar una posición más cómoda para seguir durmiendo. Mis días favoritos eran aquellos en los que también aparecía Roxanne, envuelta en una nube de vestidos cortos *vintage* y loción corporal de canela, para ocuparse de sus tasaciones de joyas.

—Es que, a ver —se excusaba sin remordimientos mientras convencía a su hija de que abriera la boca para que el avión en forma de brócoli pudiera aterrizar—, lo de McManaman es un trabajo fácil, pagan bien y no voy a dejarlo solo porque en un momento dado se me fueran las cabras y me metiera un par de veces con Mortimer.

—Fueron más bien seis o siete.

—Chitón o te corro de la casa. Más te vale saber cómo construir una cabaña de lodo.

Había sido fan de Roxanne desde el día en que la conocí, cuando abrió la puerta para enseñarme su habitación de invitados y soltó:

—Oh, dios mío. ¿Te decoloras el pelo?

—No. Es...

—¡El síndrome de María Antonieta!

Incliné la cabeza. Mi coleta plateada se balanceaba a mi espalda.

—¿Cómo lo supiste?

—No tienes un color homogéneo, así que supuse que era natural, y te ves muy joven, por lo que... —Se acercó sonriendo—. ¿Qué fue?

—¿Cómo?

—¿Cuál fue el suceso traumático que te dejó el pelo gris de golpe?

Con el tiempo, nos haríamos íntimas y le contaría la verdad: que, cuando tenía cinco años, uno de los ex de mi madre, con gran habilidad para clonar tarjetas de crédito pero no tanta para vivir en la realidad, se convenció a sí mismo de que yo era su hija. Me secuestró delante de las narices de mi padre y me llevó a otro estado. Fue un viaje de doce horas que recuerdo sobre todo como un torbellino de pánico acompañado de ingentes cantidades de granizados. Lo realmente traumático vino después de que lo localizaran: una persecución en coche que terminó con el vehículo volcado, yo colgando del cinturón de seguridad y mis M&M rodando por el techo. Mi pelo no se volvió gris de la noche a la mañana, pero, a partir de ese día, empezó a crecer así. Dejé de pintármelo a media secundaria.

—Un accidente de coche —respondí con naturalidad—. Tranqui, no hubo muertos.

—Genial. Mi hija de tres años se va a obsesionar contigo. Seguro que te va a pedir que le dejes tocar las bolitas que te sobresalen del puente de la nariz.

A Roxanne le costó un tiempo recuperarse tras su divorcio, pero hacia el final de mi primer año de doctorado ya volvía a ser una máquina hiperproductiva que se dedicaba a viajar por toda Nueva Inglaterra para ofrecer consultorías a la mayoría de las galerías y casas de subastas. Durante el verano después de terminar mi segundo año, cuando ya se había estabilizado económicamente, dejé esa habitación de invitados y me mudé a un pequeño apartamento cerca del campus. Ella y Rorie se despidieron de mí haciéndome adiós con la mano desde el porche.

—No olvides escribirme. Aunque, si se te olvida, no pasa nada. Te llamaré cuando necesite una niñera.

Durante mi tercer año, seguíamos pasando mucho tiempo juntas, sobre todo poniéndonos ciegas mientras veíamos algún programa de antigüedades o quejándonos de la ineptitud de Mortimer para todo en general. Una o dos veces al mes, incluso me permitía recriminarle lo que ella llamaba su «desliz más bochornoso».

—Debo decir que él ya parece haber olvidado su, eh..., breve aventura romántica.

—Es más fácil para Mortimer que para mí, ya que no es él quien se rebajó saliendo consigo mismo.

—Hubo circunstancias atenuantes. No te culpes.

—De hecho, creo que si alguien tiene la culpa eres tú, ya que ocurrió bajo tu supervisión. De todas formas, no hay mucho de dónde elegir. Ya lo dice la gente: los buenos están apartados. ¿Qué tal son los de veintitantos? ¿Se pone mejor la cosa? —me preguntó.

—No te sabría decir.

—Pero sales con tipos de esa edad, ¿no?

Sí, de vez en cuando, aunque sabía elegir bien: hombres astutos, manipuladores, con una autoestima demasiado alta para resultar fiables. Salir con ellos era ir a lo seguro, porque tenía claro que no se quedarían mucho tiempo ni me atarían a ellos. La mejor manera de evitar que te decepcionen es no tener expectativas que cumplir. Los hombres así nunca me quitaban el sueño.

—Si conozco a alguien digno de ti y de Rorie, te lo presentaré. De hecho, ¿te he hablado alguna vez de mi amigo Mort...? ¡Ay!

Y así era mi vida: los tres primeros años de doctorado fueron monótonos y sin incidentes, McManaman era un lugar alegre y, contra todo pronóstico, los gélidos inviernos de Nueva Inglaterra no acabaron de doblegarme.

Entonces, un día, a finales del verano, apareció la hoja. Y a partir de ese momento nada volvió a ser igual.